¡Adelante, mujeres proletarias! Preparaos a llegar sanas de cuerpo y alma a ese nuevo día que se acerca, en el cual el amor, libre de cadenas, un amor sin prejuicios, será brújula en vuestra vida. La Revolución, abriéndoos todas las puertas de la vida, creará un tipo de mujer —vuestras hijas— estatuaria en su cuerpo sano, idealista y libre en su alma límpida, sólidamente de pie sobre el escenario histórico del tiempo futuro, cogida de la mano del varón, formando esa pareja humana de forjadores de la nueva Era.

Os he hablado con rudeza. Disculpadme, pero no me creería amigo vuestro a no haberos hablado con palabras desnudas, con la pureza de la desnudez leal. Y vosotras, en gracia a mi intención, comprenderéis la cruda fiereza de mi lenguaje. Soy hombre, y para hablar a las mujeres, he deseado hacerlo con toda lealtad, como es mi norma. ¡Mujeres proletarias, adelante! ¡Vuestro destino no es ayer, sino mañana! ¡Y ya ha cantado el gallo anunciador del nuevo día!...

Mensaje a la Mujer Obrera

CONFERENCIA EN EL PALACIO DE LA MÚSICA CATALANA
EN OCASIÓN DE LA «SEMANA DE LA MUJER»

SALUTACIÓN PRELIMINAR

MUJERES de Cataluña y de España, trabajadoras, compañeras de lucha y esperanza! En la hora crucial de la Revolución social española, os dirigimos este Mensaje destinado a despertar en vosotras la conciencia individual de vuestros deberes y la noción histórica de vuestros derechos.

Vayan mis palabras y vaya el mensaje que dirijo a las mujeres de Iberia, a las trabajadoras, a las compañeras de Ideal que nos han seguido y alentado en toda nuestra campaña, si bien es forzoso que este Mensaje vaya impregnado de la responsabilidad, de la inquietud, de la preocupación que gotea la hora que estamos viviendo. Pero debo hacer una afirmación preliminar y rotunda. Cuando en estos momentos contemplamos, a raíz de ciertos acontecimientos bélicos, expresiones, miradas que reflejan cierto aire de pesadumbre, nosotros tenemos que reafirmar de modo pleno y vigoroso, especialmente a las mujeres trabajadoras que en estos momentos pudieran estar desalentadas, nuestra profunda, nuestra ferviente, nuestra ciega confianza en la Victoria. Y hemos de reiterar esa confianza por una serie de razones, una de las cuales, acaso la mayor, es que la más perfecta alegoría de la Victoria, es aquella que nos la presenta como una antorcha encendida que pasa de mano en mano. Ahora la lleva un corredor que marcha con ella encendiendo a su paso las tinieblas de la noche con resplandeciente de fuego. Aquella antorcha, cuando el paso del corredor decae y se hace más tardo, hasta llegar a caer al suelo, es arrancada de sus manos por otro más robusto y la carrera continúa, y la antorcha sigue siempre pasando de mano en mano, hasta llegar a la meta final que se anhelaba por encima de los cuerpos de los caídos.

Uno de esos momentos, uno de esos instantes en los cuales la antorcha parece llegar a caer a ras del suelo, para volver a elevarse en seguida y lucir con más brillantez que anteriormente, es el momento que vivimos; y en el mismo nosotros hacemos una reafirmación vigorosa no solamente de nuestra fe y nuestra convicción resolucionaria, sino que reafirmamos también de una

manera absoluta nuestra plena confianza en que al final sonará el clarín de bronce de los vencedores.

Venimos amigas mías, a dirigiros a vosotras, a las que desde hace ya mucho tiempo venís acompañándonos en nuestra propaganda, entablando así una íntima comunicación espiritual con nosotros, un Mensaje que sea una salutación entusiasta y a la vez un llamamiento a vuestra responsabilidad que sirva para despertar aquellas mujeres dormidas hasta estos momentos, y que no han llegado a abrir los ojos al sol revolucionario. Y venimos a demandar a las que ya están despiertas y han tenido una plena conciencia de lo que significa la hora en que vivimos que, incrementando su responsabilidad, actúen cada vez con mayor fervor revolucionario, aportando a la obra que se les ha encomendado, no sólo la fuerza de su entusiasmo, sino las luces de su razón. Y demandamos de manera taxativa y terminante, que del viejo lema romántico con el cual las antiguas mujeres de la Historia despedían a los combatientes diciéndoles: "¡Marchad, y venced o morid!", sea desterrado por pesimista y que el lema sea: "¡Vencer y vivir!" Vencer, para aplastar al fascismo, y vivir para consolidar después sobre las siniestras ruinas del fascismo el porvenir definitivo de la Revolución social.

La mujer en el arte y la biología

Y hemos de hacer una serie de distinciones preliminares que se refieren sobre todo a perfilar lo que la mujer representa en los diferentes ámbitos de la vida, de la sociedad y de la historia. Porque a nosotros, que en estos momentos comenzamos ya a comprender a nuestras compañeras se nos impone con claridad diáfana esa verdad radiante, que tiene la luz propia de los días meridionales, de un nuevo concepto de la mujer; bien diferente al que planteaba el poeta Rabindranath Tagore en su parábola famosa.

Estimamos, que durante demasiado tiempo ha venido siendo la mujer más que una realidad biológica y social, algo así como una ficción imaginaria sobre la cual han lirizado los vates en sus poesías; y creemos que en vez de aquel concepto casi mitológico, de aquella concepción artística pero en muchos casos falsa de la mujer, que nos la presentaba aureolada por las doradas nubes de la fantasía, pero carente también del sentido de responsabilidad, de la conciencia revolucionaria, de la plenitud de acción que nosotros anhelamos ver en ella, nosotros deseamos que la mujer, en el momento revolucionario que vivimos, deje de ser durante unas jornadas, durante unos años si es menester aquella mitad de ensueño que dice el poeta, para que pueda expansionarse cuanto en ella hay de auténtica mujer; esa mitad que representa en ella su realidad biológica, su realidad social; y que así la mujer descienda durante el período turbulento que atravesamos, del elevado pedestal en que le habían colocado los hombres, para que en la tierra firme, sobre la tierra áspera que nosotros pisamos en estos momentos, desarrolle una labor que sea complemento de la varonil, que representa una ayuda en la lucha contra el fascismo y que sea en el día de mañana una militante en la causa de la paz, en la causa revolucionaria, en la creación del nuevo orden social.

Biológicamente hemos pretendido durante mucho tiempo llegar a comprender a la mujer; mas en todas estas búsquedas para comprender la mujer nos hemos limitado a una serie de escarceos y tentativas, que no han llegado en la mayoría de los casos a terminar en una comprensión plena, en una intuición profunda de cuanto encierra en sí la mujer en sus planos biológicos y sobre todo en sus arcanos espirituales. Porque para nosotros la

mujer ha podido ser incluso clasificada biológicamente y hemos podido llegar a comprenderla, o al menos así lo creíamos, y perfilar una serie de tipos biológicos. Hermanando la Biología y el Arte, hemos llegado a ver cómo la mujer, esa mujer que han pintado los antiguos artistas, podía ser incluída en una serie de categorías biológicas que nos dan un conocimiento de su propio organismo, de su expresión médica incluso, pero sin descorrer el velo interpuesto entre la mirada del investigador y la auténtica y profunda personalidad femenina. Por eso, la mujer que pintaba Botticelli, ha podido ser catalogada por nosotros como mujer asténica a la cual corresponden aquellas líneas suaves y péndulas que plasmó en sus Madonnas de la "Primavera". Y a la mujer abundante, de carnes doradas y compactas creada por los pinceles de Rubens, se la estudió adjudicándole otra psicología.

Cuando se pensó haber comprendido a la mujer y se creyó que aplicando la investigación biológica podíamos llegar a la explicación del alma femenina nos encontramos con que no sabíamos absolutamente nada sobre ella. Tras estos ensayos acerca del alma, sobre la cual se había inclinado la Ciencia, permanece el alma todavía siendo un ánfora cuyo fondo es imposible contemplar. Era como contemplar encima del agua quieta el reflejo de la propia imagen, cuando debajo del agua existe aquella otra profunda que era la esencia auténtica de la personalidad femenina.

El hombre, en su intento de comprender a la mujer la representó de una forma determinada, pero nos hemos percatado de que la mujer no era solamente algo etiquetable dentro de un molde rígido, sino que era algo más que eso; la mujer representaba en todo momento una masa de carne y sangre, de nervios y músculos, un conjunto en el cual, amasado, se encuentra también un ingrediente espiritual. Y nosotros, tampoco hemos podido llegar a catalogar los ingredientes que forman el espíritu, porque en conjunto aquella personalidad femenina que se revela en cada momento de un modo diferente, se nos escapa como una mariposa y no podemos llegar a comprenderla nunca.

Sin embargo, estas tentativas para acercarnos a la mujer con el fin de comprenderla y desentrañar el misterio de su personalidad psicológica, nos sirvieron al menos para hacernos observar la grandeza que existe en la personalidad femenina. Porque la mujer por razones de su propia constitución biológica, de sus propias características espirituales, posee ya unas directrices perfectamente definidas que podríamos orientar en uno u otro sentido, según las mutaciones que ellas experimentan en las circunstancias de la vida.

Y si estamos analizando la vasta personalidad de la mujer y lo que encierra de grandeza —y de limitaciones—, no nos la podemos explicar con sólo una visión superficial, una visión que pudiéramos llamar arquitectónica de la mujer, visión de estatua, de monumento cuya belleza admiramos, pero cuya interioridad de bronce desconocemos en su totalidad.

En la vida hemos llegado a conocer algo de lo que la mujer puede ser capaz de hacer por sí misma, a ver todo el raudal de energía que se encierra en el espíritu femenino; pero hemos llegado también a conocer la servidumbre que precisamente le impone su condición biológica, y nos hemos percatado de cómo incluso ciertos atributos de la mujer, como el de la función de la maternidad —que visto desde cierto ángulo del prisma vital representa una condición excelsa—, mirado desde otro ángulo, representa una limitación de la misma, y a veces un freno, un muro entre la mujer y sus actividades sociales.

La mujer en la historia

Este conocimiento que la Biología nos ha dado, ha sido posible aplicarlo a la interpretación de la posición histórica de la mujer, y aplicándolo a ella, hemos podido deducir las causas por las cuales la mujer, desde los comienzos de la Historia, ha venido siendo relegada a segundo lugar, desplazada a un segundo plano en el cual permanecía, envuelta en una discreta penumbra, dejando que siempre en primer plano se siluetara recia la figura del varón. Y estoy en desacuerdo con algunos biólogos que pretendían afirmar que puesto que este relegamiento, esta postergación de la mujer hasta el momento presente, obedecía a razones de su propia inferioridad biológica respecto al hombre, mal podía pretender situarse en aquel plano primordial en el cual sólo tiene derecho y plena razón de situarse el varón. Pero actualmente ya todas las corrientes biológicas estiman, se hallan de acuerdo, en que la mujer no representa un ser inferior al hombre; biológicamente representa un ser de características, de condiciones, de constitución, de mentalidad, diferentes; pero esa misma distinción que existe entre los dos, impide también establecer la supremacía del uno sobre el otro, y menos conceder una primacía al varón sobre la hembra o viceversa. Y nos hace a nosotros comprender de una manera tajante que la mujer no es igual ni diferente al hombre; porque a la vez es igual y diferente, diferente en categoría biológica, pero completamente igual en cuanto a las posibilidades de sus aspiraciones, de su actuación social, de su incorporación a la alta Historia.

Reconocer esto implica mucho en el momento presente. Significa que nosotros conocedemos una categoría a la mujer en este instante revolucionario, que no había podido alcanzar a lo largo de la Historia. Porque sabemos que este relegamiento de la mujer, no obedecía a causas biológicas, sino más bien a motivos de índole social e histórica, sobre todo a que en un principio, al comienzo de la Humanidad, la mujer en la época del Matriarcado, es el eje, el puntal básico de toda la sociedad, de una sociedad primitiva en la cual en torno a la madre prolífica se agrupan todos los habitantes de la tribu. En época posterior, sucede que por virtud de esa servidumbre biológica de la mujer, al tener que apartarse periódicamente de la vida pública y social, se aprovechó el varón para ir substituyendo, para ir desplazando a la mujer hasta sobrevenir un momento en el cual, como en las épocas del Imperio griego y romano, la mujer acata esta proyección suya en segundo plano, y esta imposición de una inferioridad social, en la cual se encontraba situada hasta el momento presente.

¿Quiere decir esto que nosotros reconozcamos que la mujer en el momento actual debe permanecer en esa penumbra desde la cual ha realizado ya una esplendorosa labor en muchos casos? En modo alguno. Precisamente denostamos a través del catalejo de la Historia, este primer período de su esclavitud como mujer; como el período ulterior, en la época romántica en la cual se rinde a la mujer un culto admirativo, en que la mujer aparece envuelta en las nubes azules del ideal, pero condenada en todo momento a estar bajo el dominio del varón. Y comprendemos que todo aquel charlatanismo romántico de la época caballeresca, no era más que una máscara con la cual el varón intentaba hacer olvidar a la mujer sus derechos y ejercer sobre ella aquella tiranía condenándola a permanecer en un plano profundo, en un plano subterráneo del cual pensaba que no tenía derecho a apartarse.

Todo esto que vengo refiriendo obedece a las causas que indicaba, pero también a otros motivos que entran de

lleno en lo referente a la actuación presente de la mujer, y son que al verse desplazada de la vida pública, al haber tenido la noción de que el hombre la desplazaba de todos los cargos de responsabilidad, de dirección incluso, que asumió en los primeros momentos de la humanidad; la mujer se retira, y siente renacer, despertar en ella un complejo de inferioridad por el cual se siente manifiestamente insuficiente, incapaz, inferior al varón para todas las tareas; y aumentando aquel complejo de inferioridad social e histórica hasta el presente, llegó al terminar la generación anterior a la guerra, la hora en la cual la mujer viendo que en este sentido social no podía hacer nada, ni acercarse al dominio del varón que allí la rechazaba, viendo una manifiesta incomprensión, emprendió otro camino que era vía muerta y nos interesa desenmascarar en estos momentos.

El error femenino

Anticipamos, que lo que después sucedió, tiene por raíz el hecho de la reacción psicológica femenina frente a los problemas sociales que se le planteaban en cada momento. Nos encontramos por ejemplo con el caso de que despertándose en la mujer la noción de que no valía nada su inteligencia, ni su capacidad de actuación, ni su rendimiento profesional, ni la aportación que ella hiciera a la sociedad, comenzó a replegarse en un sentido y a desplegar sus actividades en otro que le ofrecía todos los triunfos abiertos, en el que ha actuado hasta el momento anterior a la Revolución. Advirtiendo que el varón despreciaba sus condiciones psicológicas, pero la consideraba sin embargo por sus condiciones puramente físicas, la mujer explotó el hecho y buscando al varón como hembra y por su belleza.

En el período posterior a la guerra, la mujer arribó al máximo aprovechamiento en este sentido, llegando a dar una amplitud desmesurada, una valoración total, hipertrofiada, absurda, a la parte física de su ser, a cuanto en ella simboliza y representa a la hembra, y por el contrario voluntariamente relegó a segundo plano, supeditó cuanto en ella había de mujer, de femenino: Sus condiciones espirituales, su capacidad de trabajo, su rendimiento profesional, es decir cuanto ella comprendió que el varón no apreciaba en su persona. En vez de pretender imponer, hacer valer con su actuación, con una acción continuada y enérgica al servicio de la sociedad su condición de mujer, ella se repliega y deja que el hombre acentúe su tiranía y al mismo tiempo la sumisión a lo que la mujer tenía de encantos físicos. Se oculta la mujer para dejar paso a la hembra.

Aquella era una táctica totalmente equivocada, pues representaba en cuanto a la mujer se refiere, el despertar en sus instintos, sentimientos y vanidades, una absoluta autoadoración de su físico; y en el varón, una concesión a la sensualidad en detrimento de los valores espirituales.

Así la mujer, a lo largo de la Historia, ha sido siempre la auténtica orientadora de la misma, puesto que con sus preferencias eligió éste o aquel tipo de varón, gracias a lo cual influyó en la actuación social que llevaban aquellos varones. Y la mujer viéndose halagada rendida en su vanidad por una serie de homenajes y concesiones, reaccionó también de modo totalmente equivocado y eligió al hombre no por ser el más hábil, el más justo, el más diestro, el más inteligente, el de más capacidad y rendimiento social, sino que la mujer erró muchas veces eligiendo al varón más torpe, más inútil, pero más adecuado por saber explotar su capacidad donjuanesca para despertar halagos y sentimientos femeninos que en realidad eran indeseables. La mujer se inclinaba ante la exaltación de lo que representaba en ella vanidad,

belleza, encantos físicos, erotismo, llevándola a la sumisión al tipo de varón Don Juan, a estilo Casanova, que nuestra Revolución debe desechar en su totalidad para que la mujer a su vez sepa elegir un varón a la misma elevada altura moral de nuestra época.

Y entrando ya en la parte más dolorosa —porque será la que pondrá llagas al descubierto— de nuestro Mensaje, esto significa reconocer vuestra culpa, porque no habéis sabido despertar enteramente vuestro sentido de responsabilidad, porque no habéis sabido despertar el sentimiento amorosa hacia el varón más trabajador, más capacitado o mejor dotado, y no hacia el varón donjuán y encanallado. Todavía en el momento presente, en plena Revolución, asistimos con tristeza al espectáculo de hombres que no merecen el nombre de tales, parásitos de la Revolución, apartados del trabajo de supervivencia del antiguo capitalismo, rodeados, halagados, admirados por mujeres que en el terreno individual y colectivo, no tienen responsabilidad de sus actos y no han comprendido todavía que, concediendo su admiración, su cariño, su convivencia incluso, a aquel tipo de hombre, causan grevas perjuicios a la Revolución. Porque el deber de la mujer en estos momentos era todo lo contrario. Y puesto que el hombre ha reconocido su error tradicional y el hombre también se impone la responsabilidad y el deber de acudir a la mujer, compartir con ella los afectos que estaban dormidos hasta hoy; también la mujer en estos instantes, debe mirar con ojos muy diferentes al varón que elija, y saber cuándo se trata de un parásito, cuándo del señorito que todavía pulula disfrazado de miliciano por nuestra sociedad revolucionaria, para atajarle en sus demandas y decirle: "Tú, que por no luchar en el frente y por no trabajar en la retaguardia, no eres hombre, no eres digno tampoco del cariño de una mujer."

El ejemplo de Alemania

El período precursor de la Revolución determinó un momento de crisis mundial espiritual, similar al que estamos viviendo nosotros en estos instantes; por el hecho de la crisis económica que se produjo en la post-guerra; cuando en el 1917, después de la hecatombe de aquella conflagración mundial que encendió a Europa en los horrores de una guerra injusta, se desarrolló en la Alemania anterior al fascismo, un proceso de fiebre económica, de inflación, por el cual al derrumbarse la moneda, se desmoronaron todos los valores económicos vigentes hasta aquel instante.

Paralelamente a la crisis económica que estamos glosando, se desarrolló también en la vieja Alemania un proceso de crisis idealista, de crisis moral, de crisis biológica, de crisis social, singularmente en lo que a la mujer se refiere. En primer lugar todas aquellas mujeres que habían permanecido trabajando y combatiendo durante la guerra, con su fe y su trabajo puestos en un ideal equivocado, pero que para ellas al fin y al cabo representaba un ideal respetable, se encontraron después con una Alemania totalmente en ruinas, de entre las cuales no emergía la posibilidad de un futuro luminoso, sino que lo que surgía de aquellas ruinas eran el dolor y la desesperación, la amarga noción de que el futuro de Alemania era gris y tormentoso. Y sin embargo aquellas mujeres en los días posteriores a la guerra, intentaban todavía un renacimiento idealista agrupándose en pequeñas entidades deportivas y culturales y en los días de fiesta después de las largas jornadas de trabajo durante toda la semana, sin tener más que un jornal agotador, marchaban con sus guitarras, entonando las baladas nórdicas por las orillas del Rhin, por la Selva Negra, en una serie de excursiones fraternales con sus compañeros. Toda aquella rubia muchachada femenina vió equivocados sus afanes, y destruídos sus ideales, cuando la inflación económica destrozó totalmente el panorama social del país. El hecho vino repercutir en un hondo escepticismo, en que todo el mundo se sentía escéptico; repercutió asimismo en la mujer en cuanto a sus necesidades, en cuanto a su poder de alentar y estimular al hombre; en el hombre en cuanto a su conciencia proletaria, a la responsabilidad de sus actos y en cuanto a su capacidad para impeler el proceso revolucionario, cuya semilla aventada por el viento de la guerra, empezaba ya a caer sobre la Alemania de los días trágicos de 1917. Pero las mujeres desertaron de su sitio. Aquellas mujeres que se encontraban despeinadas por un viento de escepticismo y desconsuelo, desertaron de su puesto, abandonaron su idealismo romántico, para sumarse a aquel falso idealismo que les brindaban las teorías nazis, el nacional-socialismo. Y aquella traición femenina, al sacrificarse la mujer a un espíritu práctico, sin saber conservar los ideales románticos que había defendido en los días de la guerra y la post-guerra, hizo que el hombre se abandonase y esclavizara siguiendo la conducta de la mujer, claudicando en sus ideales; abandonando sus antiguas ansias románticas y yendo el hombre a sumirse en un encenegamiento moral y a formar en las filas del nacional-socialismo. Ejemplo que os doy de cómo la claudicación, la crisis de la mentalidad femenina, llevó la unidad política, la unidad económica, llevó sobre todo la unidad moral y la unidad cultural de un país al estado deplorable en que lo tiene sumido el fascismo.

La nueva etapa

Ejemplo que nos conviene recoger a nosotros, porque en la Revolución, desde los primeros días de las jornadas de julio, la mujer adquirió una feminidad absolutamente nueva. Todo aquello que el investigador en su laboratorio no había podido conseguir, ni el literato, o el poeta en sus rimas consiguió nunca plasmar, ni el artista había conseguido realizar, de poder asomarse al alma de la mujer y entablar una compenetración con ella, se estableció en el momento glorioso del 19 de julio. En la hora crítica, en la hora histórica, desaparecieron los recelos y antagonismos. El hombre de una manera vívida y súbita, comenzó a comprender a la mujer; la mujer principió a intuir que su misión era la de alentar al hombre y que ella tenía también un puesto de combate, desde el podía laborar por la Revolución.

Aquel gesto heroico y glorioso del 19 de julio tuvo su continuación al día siguiente en las calles, donde las mujeres luchaban y se batían con igual tesón y denuedo que los hombres; cuando la mujer no miraba el reloj para ver cuál era la hora de descansar, sino que rendía todo su esfuerzo en socorrer a los heridos, atender a los niños despavoridos, proporcionar alimento a los combatientes, situarse en las barricadas y empuñar el fusil —aquella mano que hasta aquel momento no empuñó sino la aguja—, recobrando sus características femeninas. Todo aquello fué admirable y glorioso; históricamente representaba el despertar de la conciencia femenina, y no por las palabras de un investigador o la inquietud de un biólogo o un poeta, sino que representó un despertar espontáneo de la mujer en marcha hacia un nuevo ritmo histórico. En aquel momento fué, cuando la mujer dejó de ser aquel ensueño erótico en que la había convertido el hombre en momentos precedentes, para realizarse a sí misma. La mitad ensueño quedó superada por la mitad mujer, que hoy con su femenidad, sabe combatir con gesto arrogante, empuñar el fusil y dar

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

ejemplo a aquellos hombres vacilantes, indecisos, que aun no han comprendido la grandeza del proceso revolucionario.

Aquello era ya la introducción en una nueva etapa histórica; pero si nosotros al abarcar el 19 de julio, miramos también el momento presente, advertiremos con cierta amargura, algunas modificaciones notables que se han producido en este sentido, una de las cuales es en primer lugar, el contemplar a las mujeres que todavía no han sentido la emoción revolucionaria, que asemejan viajeros de un tren que marcha con las ventanillas cerradas, sin contemplar el bello paisaje de las provincias de España. Y viajan en medio de las tinieblas del vagón, sin sospechar que les bastaría descorrer la ventanilla para poder divisar aquellas bellezas. Muchas mujeres todavía marchan por la Revolución en tinieblas, encerradas en el vagón tenebroso de prejuicios que ellas mismas se han venido fabricando. Siendo así que les bastaría levantar un sencillo velo para contemplar y saturarse de la belleza y la emoción revolucionarias.

El heroísmo de hoy

Existen otras que todavía creen que el momento presente es hora de posturas heroicas; que en los primeros momentos del 19 de julio tenían gran eficacia, que quizás en días futuros puedan tenerla también, pero que hoy son actitudes a destiempo. Esta posición de la mujer merece una repulsa. La mujer trabajadora, que desde la fábrica, el taller, el campo o las guarderías, presta sus servicios y ayuda a la Revolución, lo hace en el anónimo, sin pretender adoptar actitudes heroicas.

Al fin y al cabo podemos pensar que despertaremos en éstas aquel fervor revolucionario; pero aquellas otras, las que el 19 de julio vibraban de entusiasmo y que en los momentos presentes, contemplamos encuadradas en un partido político, en una organización cualquiera, les ha bastado a veces tener un cargo, cualquier enchufe en un sitio determinado a cambio del cual reciban una remuneración, para que se esfumara su ardor revolucionario. Y estas mujeres que nosotros contemplamos con tristeza, nos parecen aquella leona salvaje del relato que en todo momento atestiguaba su bravura, hasta el instante que se llevó a la ciudad, se la introdujo en una habitación cómoda y se le colocó ante la comida. Y bastó aquello para que el animal dejara de ser aquella fiera poderosa y se cesarán de oír sus rugidos potentes, dejando de ser el animal peligroso, rápido y selvático que era.

Vemos a muchas antiguas leonas revolucionarias que en el momento presente han perdido, por llevar un pedazo de carne en los dientes, su entusiasmo de antaño. Y deseamos que en este caso sucediese como en aquel, que resurgiese la leona que un día al aspirar el olor de la selva por la ventana abierta, volvió a su antigua vida de libertad y lucha. Sintió renacer su fiereza, y así nosotros anhelamos que aquellas mujeres que combatían en las líneas revolucionarias el 19 de julio, y a las que se les ha dado un pedazo de carne en un cargo cualquiera, reencuentren nuevamente sus ideales renaciendo su deseo de volver a la libertad, a la lucha, como la leona de la fábula.

Las mujeres, ya han comenzado a recibir de la Revolución su revaloración histórica, su incorporación a una categoría social que no habían tenido hasta hoy: La categoría social de trabajadora, de luchadora, de militante, y una serie de conquistas revolucionarias que hacen referencia sobre todo a la parte biológica de la mujer; la garantía del libre derecho al aborto, de una perfecta asistencia en cuanto a la maternidad se refiere; las conquistas

que en el futuro se plasmaran, y que en estos momentos están ya estudiándose, como los liberatorios de prostitución que pondrán fin a la legión de mujeres, a aquellas cuatro mil mujeres que viven en Barcelona de una manera completamente en pugna con estos instantes revolucionarios, mujeres que podrán prestar su trabajo y vivir de una manera digna y consciente. Toda aquella obra anticonfesional y beneficiosa para la mujer, obra moral, económica, de reivindicación social, que la Revolución está realizando, merece el que las mujeres acepten por la Revolución una serie de deberes y sientan no solamente las ansias de sus derechos, sino también el áspero sabor de los deberes, que hacen referencia en primer lugar a su propia naturaleza biológica, a su función femenina, y en segundo término a la condición social de la mujer.

Deberes biológicos

El primer punto lo indicaba ya en mi mensaje eugénico a la mujer. Defendía hace unos momentos que la mujer tiene en estos instantes el inmenso deber de facilitar al hombre vivir estas jornadas de lucha, que requieren la movilización de todas sus energías físicas y espirituales, en un plan de armonía sexual, de continencia que facilite también al hombre la realización de estos mismos postulados. Precisamente nosotros, los que siempre hemos propugnado y defendido la libertad de amar, que no hay que confundir con el libertinaje amoroso, los que hemos ensalzado este amor libre en su concepción más espiritual, la igualdad sexual del hombre y la mujer; el derecho de la mujer a realizar la experiencia sexual sin temor a las trabas ni a los prejuicios que existían en épocas anteriores, somos los que en el presente también divulgamos la necesidad de la continencia, la disciplina sexual, la armonía en toda relación erótica, porque la hora es demasiado grave para que el hombre y la mujer puedan malgastar, la mujer sus gracias, sus alicientes, sus incentivos sexuales en atraer al hombre, y el hombre sus energías que deben concentrarse únicamente en trabajar, en disciplinar, en coordinar el esfuerzo revolucionario. Porque todas las energías del hombre deben convertirse en lucha en el frente y en trabajo en la retaguardia; y como las fuerzas vitales de las cuales brota toda su actividad emanan de la misma fontana, por eso pedimos a las mujeres que en el orden sexual, faciliten al hombre este autodisciplinamiento erótico que a hombre y mujer serán necesarios si quieren concentrar todas sus energías en la causa que defienden y llegar al fin sanos de cuerpos y de espíritu, a fin de que en vez de ganar una victoria para enfermos, la guerra y la Revolución puedan ser desarrolladas por y para hombres y mujeres sanos, limpios de cuerpo y alma. Hombres y mujeres que cuando acometan la tarea de creación de nuevas generaciones, a las que transmitirán todos los postulados revolucionarios, puedan hacerlo con una pureza tal de cuerpo y espíritu, que no puedan temer en ningún momento la reproducción de estigmas que serían un motivo de taras para la futura generación revolucionaria.

En este orden, nuestro consejo no puede ser más terminante. Pero no se limita a esto el deber de la mujer, pues tiene que completarse con un nuevo concepto de la maternidad. La mujer tiene que atender, desde este momento, a saber ser madre, no con aquella maternidad física con que lo fué hasta el momento presente, sino con la gran maternidad, con la maternidad espiritual. Se precisa que la mujer que tenga un hijo, no solamente lo lance al mundo por un mero accidente físico, sino para prestarle después la educación y la cul-

tura, para desenvolver en él las aptitudes que en todos los instantes de su vida, contribuyen a hacer del niño en el futuro un consciente trabajador revolucionario.

Deberes sociales

Por otra parte, es preciso incitar a la mujer a que desenvuelva y perfeccione los valores espirituales dormidos hasta hoy, y que evite —en beneficio suyo y del varón— cuanto signifique atraer a éste tan sólo por sus incentivos sexuales. Que sepa dar brillo a sus aristas sociales y mentales, a fin de que el varón la solicite y admire como mujer, como hembra, único modo de asegurar la pureza y elevación moral de las parejas futuras.

Decía al comenzar el mensaje que vivíamos momentos críticos, horas trascendentales para la causa, cuya inquietud venía a impregnar las palabras de mi Mensaje. El deber y la responsabilidad de las horas que estamos viviendo, hace que forzosamente tengamos que recordar los deberes que con un imperativo categórico se imponen en estos momentos a las mujeres que laboran en la retaguardia.

Aparte de los deberes morales que, si no se impone la mujer voluntariamente, les impondrá la fuerza histórica de las circunstancias que atravesamos, urge que comience a adiestrarse para reemplazar al hombre en todos los oficios de la ciudad, pues no está muy lejano el momento en que cuando nosotros queramos dar el empujón definitivo para la victoria final, absolutamente todos los hombres, incluso los que hemos confiado siempre en la fuerza de las ideas, vayamos a imponerla por la fuerza de las armas, decididos a luchar y morir como un solo hombre en los frentes de batalla. Y esto que puede ser lo que represente la victoria, no podría hacerse si las mujeres que en retaguardia son un residuo del antiguo régimen y viven encerradas en la supervivencia capitalista, continúan desconociendo las consignas históricas de la hora. A ellas nos dirigimos para que sientan la responsabilidad de la hora, y comiencen a capacitarse para cuando ese momento arribe.

Los milicianos del frente lucharán más a gusto si saben que defienden en la retaguardia a un puñado de mujeres entusiastas y abnegadas que si creen defender a mujeres frívolas o a otros hombres indignos de esta defensa. Los milicianos del frente lucharán con más entusiasmo si ven que en la retaguardia todos los oficios, todas las industrias y todas las fábricas se hallan en manos de las mujeres, y los hombres no tienen otra tarea que la de combatir, la de marchar a luchar para acabar definitivamente con el fascismo.

Y las que ya poseen este concepto y esta idea, es preciso que lo comuniquen muy alto a todas aquellas mujeres que aun no han sentido la responsabilidad del momento y se distraen con superfluas actividades; a las que en días en los cuales se ventila la suerte de la Revolución, marchan a bailar, a gastar horas de su tiempo que podrían emplear en trabajar o en coser ropa para los milicianos. A esas mujeres que todavía tienen algunas frivolidades de la burguesía y no se han dado cuenta del movimiento revolucionario que vivimos, les decimos que termine ya esta etapa y se incorporen al orden revolucionario; que abandonen la danza y el deporte frívolo y se dediquen a coser ropa para los milicianos que tiritan de frío, o a realizar tareas más útiles, porque si no lo hacen así tendrían siempre que sonrojarse de ello. Si en un caso imposible triunfara el fascismo, tendrían que arrepentirse toda su vida de no haber contribuído nunca al triunfo de nuestra causa. Y si somos nosotros los que triunfamos, tendrían que arrepentirse más todavía; porque no podrán nunca asomar la cara en público y tendrán que marcharse a cualquier

rincón a ocultar su vergüenza por no haber sabido contribuir al triunfo de la causa revolucionaria.

Las que carecen de él, que sepan que la palabra entusiasmo tiene que ser en los momentos presentes algo más que un simple vocablo, y que el idealismo femenino se demuestra con hechos. Si hubo un tiempo en que el idealismo no rozaba la práctica, este idealismo se debe hoy convertir en sacrificio, en abnegación, en espíritu altruísta para aportar todas nuestras energías al servicio del ideal revolucionario. Contemplamos con vergüenza a las mujeres que pasan largas horas en las colas de pan, noches enteras ateridas de frío. Y si eso está justificado para las mujeres que tienen que llevar pan a sus hijos, no se comprende en esas otras señoritas, que marchan a las colas del pan, que pasan allí y sacrifican ocho o diez horas más que para conseguir un poco más de pan, para murmurar de paso de la situación. A esas mujeres que son capaces del sacrificio en cuanto represente un beneficio egoísta para sí mismas, y que serían incapaces de perder una hora de sueño para coser ropa de milicianos, a tales mujeres nosotros les decimos que ha llegado el momento de demostrar el idealismo con hechos y que en muchos casos vale más que acostarse con el estómago satisfecho y con la conciencia vacía de entusiasmo, hacerlo con el estómago vacío de pan, pero con el pensamiento henchido de idealismo revolucionario.

El deber de la unidad

Yo tengo plena confianza en que las mujeres que trabajan. luchan en la retaguardia y tienen conciencia revolucionaria, podrían realizar incluso eso que los hombres vienen propugnando desde hace mucho tiempo, pero que hasta el momento no ha podido realizarse. Me refiero a la unión de los proletarios, a la unidad obrera y sindical, que puede y debe realizarla la mujer perfectamente de muchas maneras: En primer lugar haciendo que entre las mujeres ya no se establezcan las diferenciaciones y distinciones que hasta ahora se venían produciendo, y repercutiendo entre los hombres de los dos grandes grupos sindicales obreros, las dos grandes centrales sindicales de la Revolución dificultaban el abrazo fraternal que se darían el día de la victoria. Ha de ser la mujer la que implante esta fraternidad entre los militantes de las dos sindicales y la establezca no atendiendo la bandera de la U. G. T. o de la C. N. T., sino únicamente al pabellón de la Revolución social. Esta bandera es la única en la que se congregarían las dos sindicales. Las dos sindicales a que me refiero deben modelar la unidad, pero debe principiar nuestra propaganda para que se establezca la unidad moral y no hacer que la mujer con sus preferencias, o sus predilecciones amorosas que un varón pudiera nunca estar mediatizado por el hecho de tener determinada ideología. La mujer debe saber elegir, no ateniéndose a que el varón elegido sea de la misma o distinta ideología. La mujer debe elegir al más apto, al más capacitado, al que tenga mayor espíritu de sacrificio, al que represente un trabajador más consciente, al que represente un trabajador más revolucionario. Así es como la mujer puede empezar a romper toda aquella muralla de hielo que se ha establecido entre los hombres.

Puede hacer esto, y con sus preferencias y su elección amorosa, puede determinar que el hombre que sea objeto de su estimación amorosa, sea el que verdaderamente lo merezca; y cuando la mujer tenga seleccionado este hombre debe impulsarlo siempre al camino de la lucha, y del trabajo. Estamos en horas de responsabilidad colectiva,

tenemos una larga serie de deberes que cumplir y es preciso que la mujer, con su buena voluntad, con su ternura, sea un estímulo y un aliento más para todos nosotros y nuestras ásperas consignas a fin de sacrificar sus egoísmos sentimentales a la gran causa común. Y que a ello les impulse el pensar que es preferible que la mujer pueda conservar el recuerdo del hombre que murió por el ideal, a tener siempre viviendo a su lado a un cobarde indigno.

Llamada final

Yo desearía que estas palabras de nuestro mensaje a la mujer trabajadora y revolucionaria, no resbalen por vuestra epidermis sin dejar en ella más que la huella de un lírico recuerdo. Que estas palabras henchidas de buena voluntad, exactas o equivocadas, pero siempre avaladas por la buena fe del que os las dirige, representen un motivo de preocupación y meditaciones para vosotras. Que las dormidas despierten, y que las que ya militan y trabajan a nuestro lado sientan renacer en ellas una oleada de entusiasmo creador. Pensad que no sois solamente vosotras, que son vuestros hijos. Recordando el panorama de los niños ametrallados, mutilados por la metralla, niños que miran con ojos que no ven, completamente despedazados por las bombas del fascismo, infancias truncadas por la metralla enemiga, es preciso que acudáis a la lucha con más entusiasmo, capacidad de sacrificio e idealismo que nunca. ¡Hacedlo! Nuestro enemigo llega en su barbarie a decir lo que cierto general alemán en estos días, cuando planeaba el asedio a una de nuestras capitales. Decía: "Cuando los hombres y las mujeres sitiados no tengan que comer, que se coman a sus propios hijos."

Y bien yo os diré una cosa. Que es necesaria decisión, y que se imponga lo que va a ser la táctica de la victoria. Que cuando los moros, los italianos, los moros rubios, toda la canalla fascista, viniera a cercar una de nuestras ciudades en la que estuvieran vuestros hijos, no pasará lo que decía el general alemán, sino que antes de comeros a vuestros hijos, marcharais contra ellos, y sin armas, con vuestros puños, con vuestros dientes, los despedazaréis a ellos, y no os digo que os los comeríais porque no os gusta cierta clase de carne.

¡Mujeres de Cataluña, mujeres de Iberia, trabajadoras, compañeras de trabajo y de lucha! Al dirigiros nuestro Mensaje, deseamos que vosotras en todo momento seáis el más firme baluarte de la victoria, que representéis un ejemplo vigoroso para todos, porque siempre, igual que en la vida y la actuación de un hombre, encontramos siempre una figura de mujer que le alienta; en todos los grandes hechos revolucionarios y sociales encontraremos también una figura de mujer.

Desde las heroínas románticas de leyenda a las gloriosas proletarias actuales. Desde Juana de Arco a Lina Odena, desde Rosa Luxembourg a Aida Lafuente. Largo tiempo habéis ensoñado con días futuros en los cuales resplandeciese un lucero de justicia para la mujer, a cuyos destellas marchase ésta a buscar su Destino y su libertad.

La Historia os depara la oportunidad de conseguirlo. ¡Aceptad la ofrenda! ¡Acción, acción! Que las durmientes despierten en su bello ensueño secular para lanzarse ardientemente a la lucha! ¡Dad el ejemplo al varón! ¡Amad al fuerte y al idealista, alentad al tímido, voltead las campanas de heroísmo que yacen mudas en muchos hombres y tocad en ellas a rebato, sones de bronce que los empujen hacia la acción!

¡La Historia quiso que todo trofeo tuviese que conquistarse pasando previamente, antes de llegar a los pórticos de la luz, por las puertas tenebrosas del dolor! ¡Pero es grande y heroico, aceptar alegremente el deber de la hora! ¡Adelante, libres mujeres de Iberia! A trabajar, a la lucha, a darlo todo por el Ideal que es semilla del mundo nuevo! ¡Adelante, trabajadoras y que sean vuestras manos las portadoras de los estandartes de la Victoria!